

ESTABA PERDIDO Y LO HEMOS ENCONTRADO

Domingo IV Cuaresma. Ciclo C
(Jos 5,9a.10-12; Sal 33, 2-7; 2Co 5,17-21; Lc 15,1-3.11-32)

En la primera lectura, los israelitas, ya acampados en la tierra prometida, celebran la Pascua. En aquellos días, el Señor dijo a Josué: "Hoy os he despojado del oprobio de Egipto".

El Salmo responsorial invita a gozarse en Dios: "Gustad y ved qué bueno es el Señor". "Bendigo al Señor en todo momento, mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren".

San Pablo enseña a los Corintios que Dios nos reconcilió, por medio de Cristo. "Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo... Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados... Al que no había pecado, Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a Él, recibamos la justificación de Dios".

El evangelio, nos trae hoy una de las páginas más hermosas de la Biblia y de la Literatura Universal. Es por su factura sencilla y exquisita un texto subyugante y, en su profundidad teológica, expresión sintética del mensaje de Jesucristo. Ya lo dice San Juan: "Deus charitas est" (1 Jn 4,8). La parábola del Hijo Pródigo entra en la esencia de la Divinidad. Dios es amor, el amor es de Dios y el que ama ha conocido a Dios.

Jesucristo muestra con esta parábola la misericordia, la bondad, la ternura siempre dispuesta y expectante de entrega y abrazo de Dios, Padre, hacia el hijo que vuelve arrepentido. El padre siempre acoge con amor, aunque tenga que imponer en algún caso su autoridad, pero, inmediatamente, abraza, perdona y protege; la madre atenta, escucha, llora la ausencia y recubre de dulzura el rostro del hijo. Esta es la imagen de Dios. Dios es amor, porque es Padre y Madre. Todas esas prerrogativas de la paternidad y de la maternidad, están refundidas en la afirmación teológica de San Juan: Dios es amor. Piensa el muchacho: "Me pondré en camino, a casa de mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo'". Y ante la respuesta de rechazo e incompreensión del hermano, que se mantuvo fiel al padre, que no había marchado ni pecado, el padre roto de emoción y cariño por los dos, dice: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Dios, que concedió al hombre la libertad, no lo coacciona nunca. El pequeño quiso ser libre y el padre lo permitió. El mayor se quedó, y el padre lo tuvo y gozó de su presencia, *tú siempre estás conmigo* y yo soy feliz con ello. El padre actúa como el mar, se va retirando y se va acercando, dejando que los hijos sean ellos mismos. La inflexión está en la misericordia y en la conversión que lo movió a volver a Padre, aunque la decisión la haya tomado por el interés, por la necesidad. Pero eso no es inmoral, buscar nuestro propio bien es parte de nuestro ser. Santo Tomás dice que "a Dios le ofendemos cuando obramos contra nuestro propio bien". Dios siempre nos está esperando, incluso antes de la conversión. Espera con los brazos abiertos, para abrazar con amor, con gozo y perdón.

Camilo Valverde Mudarra